

BOLETIN

DE LA

Sociedad Española de Excursiones y de la Sección Excursionista de la Facultad de Filosofía y Letras

ARTE - ARQUEOLOGIA - HISTORIA

Año XLII. — Cuarto trimestre

MADRID — Diciembre de 1934

El homenaje español al Greco en Creta, su patria

Crónica del día de Fódele

LOS ANTECEDENTES (1-JULIO-1933)

Creo que la visita en la Isla de Creta de veinte españolas y españoles al pueblo que ahora se dice que es la patria del gran pintor español—español de adopción y de gloria histórica—el Greco, Doménikos Zeotocópoulos (1), debería ser siempre materia de una pequeña crónica. Con más razón, cuando fué algo más que una visita; fué algo oficial, y además de oficial, popular, cordialmente popular. Con notas vivas, de fiesta para nosotros exótica, y de exotismo presumiblemente igual o parecido a lo típico cretense y comarcano de los años en que allí (según la presunción), fuera el Greco un niño, fuera el Greco un chico, fuera el Greco un mozo, un joven despierto y vivo, pleno de una futura genialidad por tantos títulos inconfundible y extrañísimamente única en la Historia.

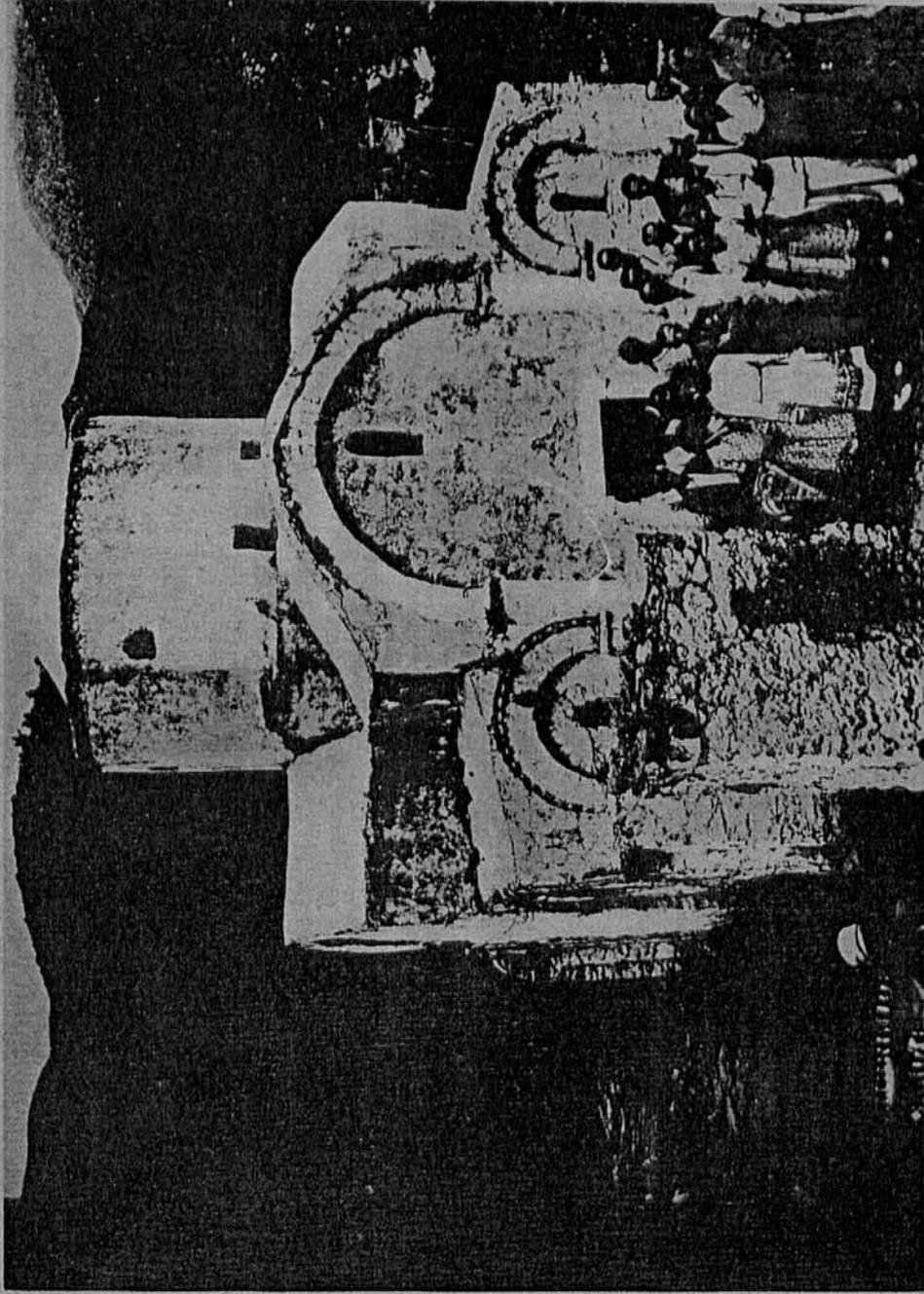
Oficial fué el viaje y la particular excursión al pueblo, que se llama Fódele, puesto que viaje total y excursión particular, fueron universitarias: de la Universidad de Valladolid, catedráticos y alumnos—el cronista, solamente, un simple agregado—. Y la Uni-

(1) En este trabajo se ponen a la griega las palabras griegas, con trascripción fonética.

versidad allá en la Grecia y en Creta, representaba, representaba en alguna manera, a España; si no en cuanto a valorizar la aceptación de la teoría de que Fódele fuera el pueblo natal del Greco, sí, seguramente, con títulos los universitarios valisoletanos para ostentar plenamente la digna representación de España, de la España cultural, en el felizmente concebido y noblemente realizado homenaje, pleno de virtualidad afectiva: el homenaje primero de España a Creta, a Creta, isla, patria indiscutible, rigurosamente histórica, del Greco. Doménikos Zeotocópoulos, el pintor que pintó más firmas en sus innumerables cuadros, puso en tales letras casi siempre, tras de su nombre y de su apellido en griego y en letra griega, la sola sílaba «Kres», que no es siquiera abreviatura de «Cretense», sino toda la palabra «cretense», dicha en griego. Orgullo, pues—el Greco lo comprueba en su vida—, orgullo sentía el Greco en llamarse, y a la griega, cretense, y en el primer documento de su vida que hemos alcanzado, cretense le llama el gran miniaturista protector suyo Dom Giulio Clovio, de Macedonia, al apellidarle a la italiana «candiota»—Cándia era el nombre italiano de la isla de Creta y de su capital—, en la ya tan famosa carta del artista protector al Cardinale Farnese: «un gióvane candiota, discípulo del Tiziano..., etc.»

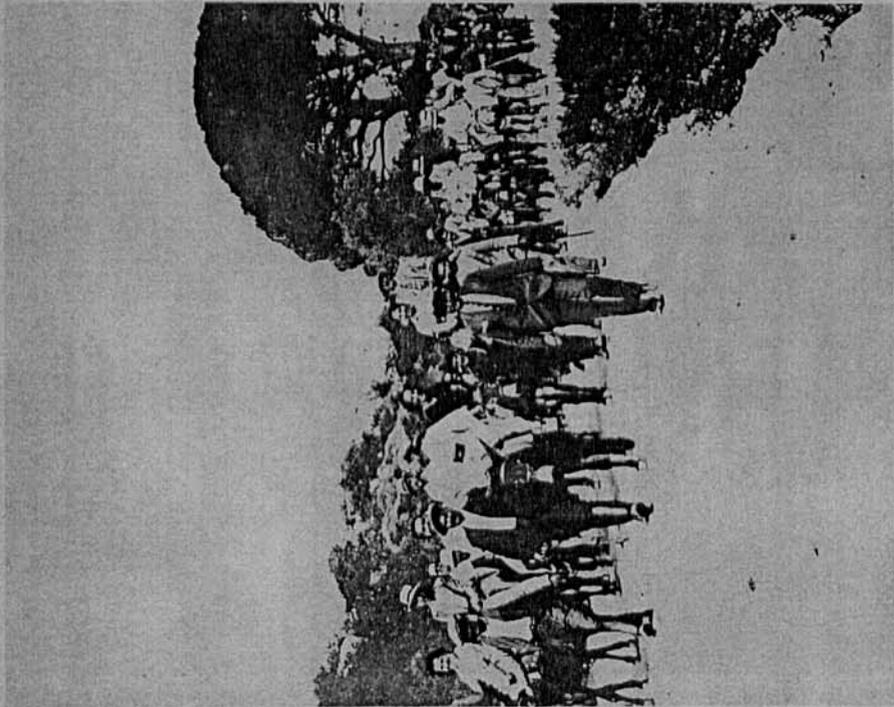
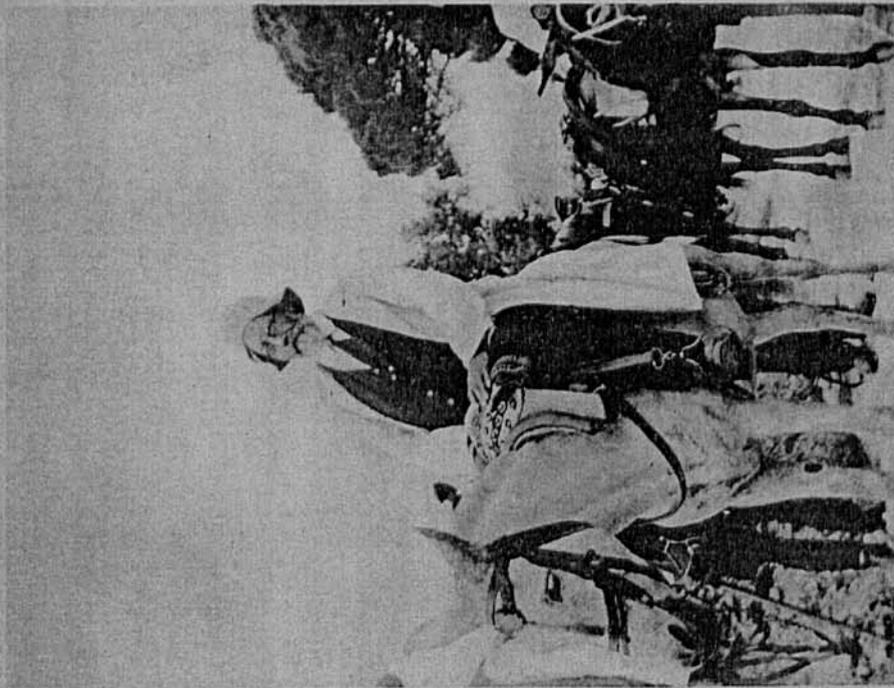
En cuanto a que el isleño cretense, el Greco, naciera precisamente en Fódele, pueblo de la isla de Jándia o Creta, yo ya tenía en 1932, alguna idea de la tesis entonces nueva. Alguna idea de la novedad, pero no conocimiento adecuado de la prueba y de la entidad exacta del problema histórico.

Y no conocía de verdad la novedad, en parte por que hace años que estudiando otras cosas y atendiendo a otros temas, dentro de la Historia del Arte español, estaba desatento a los en otros años acariciados estudios sobre el Greco. Soy, desgraciadamente, de los que leen poco, precisamente por trabajar mucho: en las cosas que tengo en el telar o los telares; y, lamentablemente, no soy de los que llevan al día las revistas y saben pronto, por tanto, las novedades de la erudición y la crítica. Pero aparte de esto, la novedad de erudición, acerca de Fódele como presunta patria del Greco, se había hecho pública en lengua griega y en textos de que no sé que llegara ejemplar a Madrid. Y yo, tristemente, no sé



FOTOGRAFIA DE HAUSER Y MENET. MADRID.

El día de Fodele (Creta). En la Iglesia del Viejo Fodele, presunto lugar del Bautismo del GRECO.



FOTOGRAFIA DE HAUSER Y MENET - MADRID

El día de Fodele, homenaje al GRECO: la cabalgata de los universitarios españoles, en lo alto del collado al comenzar la bajada al pueblo.



Bajo los árboles del Monumento al GRECO.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET - MADRID

Inauguración del Monumento al GRECO, en Fódele (Creta)

El 27 de Julio de 1934.

griego, y aun en mi Facultad de mi Universidad de Madrid, por caso, no cabe mayor aislamiento que el que ofrecen los sus doctos gramáticos del griego, con los que nos dedicamos a otras disciplinas. A tener yo a mano lo publicado sobre Fódele y el Greco, habría recurrido a pedir traducción o resumen a algún universitario de otra universidad, como la de Barcelona: lo confieso.

Confesiones éstas, hijas aquí del deseo de marcar con toda exactitud la puridad del significado de los dos contactos de los universitarios españoles con Fódele, la presunta patria del Greco, en 1933 y en 1934: en 1933, cuando el gran crucero plenamente mediterráneo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid; en 1934, cuando el viaje de estudio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, a la sola Grecia, pero mucho más detenidamente. Todavía más detallada confesión mía personal, también por la misma razón de dar la exactitud de la puridad de las relaciones y homenaje:

Para la cual, un momento de recuerdos.

Diré: que lo de Fódele en 1933, me dejó confuso, a más de desatento, o muy relativamente atento; mi incredulidad, al menos mi reserva, sobre que fuera Fódele la patria del Greco era máxima, incluso porque me sorprendió en Creta el suceso y sin posible manera de informarme adecuadamente.

Llegábamos a Creta, primera tierra griega que entonces pisábamos—yo el año 1932, había estado en Grecia rápidamente, pero no en Creta—, ménos que orientados hacia lo griego; lo estuvimos solamente quince días después.

El día aquel casi único de Creta (1.º de julio de 1933) (1), venía tras de nuestras visitas a Malta, a Túnez, a Cartago, a Susa de Africa, a Kairuán, a Alejandría, al Cairo, al resto del Bajo Egipto (Pirámides de Giza, Mastabas de Ti y Ftá-Hotep, Fostat o Viejo Cairo), Jerusalén, Belén, etc. Es decir, el mundo islámico, el mundo egipcio de la antigüedad, el sacro mundo palestino (mosáico, cristiano e islámico a la vez). Rodas, después, en que vive el mundo medieval de los cruzados, tras de Creta; y Smirna enseguida y Constantinopla luego, dejaron cronológicamente aislada la visión

(1) El «día» aquel fué de dos medios días: del 1 y del 2.

de Creta para los cruceristas del 1933. Solamente después de Constantinopla, es cuando (y antes que la Sicilia y Nápoles y Mallorca), nos introdujimos de verdad en la Grecia inmortal, visitando Salónica, Eleusís, Mikenas, Tírinto, Epídauro, Délfos, Olimpia..., etc. El emparedado cronológico turísticamente prematuro de Creta, de un solo día, además, se llenó y se colmó, con la visión de las ruinas cuatro veces milenarias del Palacio de Cnosós, y con el estudio del Museo de la ciudad moderna—la llamada antiguamente y ahora quieren también que se llame Herákleion, antes Jándia (Khandia) y también Kandák y Megaló Kástron en la Edad Media y la Moderna—. Toda persona culta ya sabe hoy, cuán sorprendente es la civilización de la Creta de Minos, la Creta de la «prehistórica» Edad del Bronce, con arte tan genial y tan maravillosamente inesperado cuando ya entrado el siglo XX se descubriera.

Vivíamos aquel día de julio de 1933, pues, el efecto de lo minoico; y no sin muchas protestas y extrañezas, ante las excesivas restauraciones arquitectónicas y pictóricas: escama y desilusiones, solamente hijas de la primera impresión (en 1934 lo hemos podido aquilatar...)

Y así de emocionados y de preocupados andábamos al atardecer de tal día, cuando los no dirigentes (profesores y alumnos), nos enteramos, de algo que hizo sonreír a tantos de los unos y de los otros.

A saber: que el Greco, cretense, se sabía ya, se sabía de reciente, que había nacido en Fódele. Que Fódele es un pueblecito en lo más abrupto de las montañas. Que los de Fódele, enorgullecidos con la gran gloria de la aldea o pueblo que les había sobrevenido, y sabedores, de antes, del viaje de los españoles, bajaban en lucida representación a la ciudad de Jándia o Herákleion a saludarnos, a felicitarnos y así prestar un homenaje a la nación española en la que el fodelés Doménikos Zeotokópoulos, el Greco, había hallado nueva patria y desarrollado cumplidamente toda su genialidad.

Bajaron varones y mujeres, traían obsequios, y sobre todo cariñosa alegría, cordialidad parlera, amistad viva, aun con el terrible obstáculo de no hablar ellos sino griego, y no hablar griego moderno ninguno de nosotros, ni siquiera el alumno Tovar, que

en 1934 lo ha hablado del todo bien, al repetir (como Mergelina y como yo) el viaje a Grecia.

Pero es que no faltaban en la capital, en Herákleion, elementos originariamente fodeleses, y precisamente entre los que, relacionados con la organización oficial helénica del Turismo, habían de salir y salieron a recibirnos en 1933, —como, con renovado y acrecidísimo interés, salieron a recibirnos en 1934.

Aludo a dos personalidades, los dos, por cierto, médicos, y claro que hablando francés. El uno, el representante del Turismo allí, y ahora y desde entonces, representante allí también de la Liga Hispano-helénica de Atenas, que en uno y en otro año tan calurosamente nos ha favorecido: el Dr. Apolódoros Meilissídes, todo simpatía y agrado y celo para con nosotros en una y en otra ocasión. El otro, el Dr. Voigiatzakís (pronunciación española: Bu-yatsakís), persona tan principal en Jándia, aparte de ser afamado tocólogo, como para ser Presidente y el alma de un distinguido Club con inmueble propio, bello y grandioso, y sobre el mar, el centro más elegante y distinguido de la isla.

En el amplísimo local, grandísima sala con todas las vistas al mar, fué la fiesta. Los casi doscientos cruceristas fuimos obsequiadísimos, con pastas y helados, repetidos. A la vez, claro está, los hijos de Fódele. Los cuales nos dieron en el amplio tablado del fondo muestra repetida de los típicos bailes, que nos interesaron mucho a todos; a mí más, mucho más.

Tanto que fuí yo, quien discurrí, propuse y logré que por contestar de alguna manera en el acto, y puesto que algo vagamente eran los tales bailes del tipo de la sardana, se bailara por nuestros catalanes del crucero una sardana, al piano acompañada por alguna de las cruceristas. Pálidamente así, al menos se demostró, creo yo, un lazo milenario, varias veces milenario ya, que unía, sin saberlo, a dos pueblos tan extremos en el ancho cerúleo vaso del Mediterráneo, como son Cataluña al Oeste y Creta al Este.

En las palabras de nuestro Decano de Madrid, García Morante, que sabe decirlas breves y a la vez elocuentes en un francés impecable, prometió a los de Fódele, como recuerdo de aquella noche, de aquel encuentro tan afectuoso, el envío al pueblo del

Greco de un álbum de fotografías de las grandes obras del pintor, como obsequio de la Facultad madrileña de Filosofía y Letras.

Efectivamente, interviniendo, como en todo lo del inolvidable crucero, el catedrático de Numismática y Epigrafía y Secretario de la Facultad, D. José Ferrandis, se enviaron a Grecia no un tomo, sino dos cumplidos grandes tomos de álbum, bellamente encuadernados, conteniendo copiosísima serie de fotografías pegadas, de cuadros (y aún de esculturas), del Greco, y de detalles de las más famosas e insignes.

En Atenas en 1934, nos contara ya nuestro Ministro Plenipotenciario cerca de la República Helénica, D. Pedro García Conde, cómo en el pasado invierno, recibidos por él los dos libros, en su afán tan celoso, tan entusiasta y tan logrado, de acrecentar la mayor cordialidad en las relaciones de los dos pueblos, y en su vivísimo deseo de ayudarnos a los universitarios—en 1933, como en 1934, agradecidísimos a su ministro—, decidió viajar él, ir él a Creta, y hacer en Herákleion mismo (no decidido a la pesadez del viaje de sierra, no del todo propio de su diplomática significación), entrega del obsequio madrileño. En Herákleion le recibieron entusiastas los de Fódele. Y todavía el Sr. García Conde en pleno verano no sabía si en la Legación se habían podido agotar dos descomunales cestones de naranjas de Fódele, muestra, con otras, de la gratitud de los fodeleses.

LA IDEA DEL HOMENAJE

Como no tuvo el cronista, ya no iniciativa, sino parte alguna mínima en lo de 1933, tampoco ni la iniciativa ni mérito alguno en lo de 1934. Correspondió todo merecimiento a la Universidad de Valladolid: principalmente, casi exclusivamente, al tan entusiasta como docto catedrático de Arqueología, D. Cayetano Merigelina, iniciador, porfiador, propugnador, director, gestor, alma y vida de la excursión de estudio, a sola Grecia, a toda Grecia, a

toda, en lo posible, a base de un mes de estancia allá..., un mes que vino a ser de 33 días. El y el alumno D. Antonio Tovar, fueron los únicos de la de Valladolid agregados a la excursión matritense de la Facultad de Letras en 1933. Como yo, en 1934, he sido el único de la Universidad de Madrid agregado a los valisoletanos. Mergelina y Tovar han hecho, pues, el segundo viaje a Grecia; yo el tercero; los tres, sólo los tres, el segundo viaje a Creta.

Y en los largos meses de la difícil y tan meritoria gestación valisoletana del viaje—el crucero de 1933, tuvo a su lado todo el peso y el empeño del Gobierno y extraordinarias otras comodidades y recursos—, un día, una noche en realidad, se le ocurrió al propio Mergelina la idea, la ideica. Devolver a Creta en 1934, el cordial saludo de los fodeleses en 1933. Aplaudida de sus futuros compañeros de Valladolid la idea, la ideica, luego tomó forma. Llevar a Creta, a Fódele—ya sabía por lo del año anterior y por lo del Ministro de España en Atenas, el afán loco de los fodeleses de recibir la visita de los españoles en su montanero y arrinconado pueblo—, llevar una piedra, una piedra granítica de la ciudad de Toledo, la ciudad del Greco. La cosa no era ni cara, ni tampoco sencilla, pero se despreciaron los inconvenientes del transporte del noble pedrusco, pensando llevarlo a mano (¡?), como equipaje.

Pero todavía la celosa fertilidad imaginativa del mismo Mergelina, atisbó, sutilmente, una idea, una ideica complementaria, redondeadora del pétreo mensaje de patria a patria del Greco, redondeadora de la granítica... reliquia zeotokopoulesca. Idea, atisbo, de llamar a la generosa magnanimidad de mi paisano, el ilustre escultor Mariar.º Benlliure. Pidiéndole trabajo; y trabajo, por fuerza, gratis. Para honrar al Greco. Para honrar a la vez a España en la patria del Greco.

El sabérsele generoso, tiene esa contra. Y la carta, calurosa, pero medida, de la Universidad de Valladolid, dió en el blanco, en la conocida «debilidad» de Benlliure, en el punto místico, de su gran corazón. E inmediatamente contestó ofreciendo modelar en bronce el retrato del Greco; en medallón, que debía ir acompañado de una también broncea rama de laurel; la una y el otro, incrustados en el toledano granito, bruñido. Este, además, cual estela fué

acompañado de letra, bilingüe: en castellano, en griego. Dicen así los renglones:

LA FACULTAD DE HISTORIA
DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
ALMA EN EL CORAZON DE CASTILLA
OFRENDA A FÓDELE ESTA PIEDRA ARRANCADA DE TOLEDO
EN MEMORIA DE LA GLORIA INMORTAL DE
DOMENICOS THEOTOCOPOULOS

JULIO, 1934

H SJOLE THS ISTORIAS
TOU PANEPISTHMIOU BALLIADOLID
PROS FEREI STO FODELE
THN PLAKA AUTHOGALMENH APPO THN ZRAXO TOU TOLEDO
ENZUMION THS AZANATOU DOXHS
TOU DOMENIKOU ZEOTOKOPOULOU

IOULIOS 1934 (1)

La Universidad quiso pagar los gastos de la fundición; y de Grecia ha traído, para el gran escultor, como recuerdo, un vaso antiguo de los de figuras rojas y fondo negro.

La larga, inverosímil huelga madrileña de los metalúrgicos, puso en trance de fracaso la ofrenda, con gran dolor de los valisoletanos y de Benlliure. Al cabo de tantos meses, en los últimísimos días anteriores a la excursión, cesó la huelga; y la fundición, tan de antes preparada, se pudo realizar a tiempo, por horas.

Permítase el detalle. Sobre todo si antes quiere adivinar el lector benévolo, inadvertido, lo que son los viajes de muchos llevando el presupuesto al mínimo, tasado el gasto, apenas justo el numerario, intangible todo exceso y obligadísima la máxima economía. ¡Y así adivinará los apuros de un director de excursión universitaria española, ante gastos inesperados! La caja de la noble piedra, en el trayecto español, los interventores de ruta la obligaban a facturarla y no la consentían en el pasillo de la modesta clase de tercera: la de los duros, pero honrados bancos de nuestro ex-

(1) En la transcripción a caracteres latinos mayúsculos, la *eta*, la *e* larga, se transcribe H, como es en los griegos.



FOTOFIJA DE HAUSER Y MENET - MADRID

Fódele (Creta). El Monumento al GRECO en su patria, en el momento de su inauguración.

Relieve de Mariano Benlliure.

ursionismo universitario de pura sangre. Con elocuencia, tiempo de perorar y disputar y de sonreír y quizás alguna propina, se salvó la cosa. No en los trayectos franceses, donde se precisó una facturación, la que no fué cara y fué puntual. En los buques griegos de Marsella al Pireo (el «Andros»), del Pireo a Heráklion (el Kefalínie), de otra empresa), con menos elocuencia, por tratarse de homenaje a Grecia, el granito tuvo inmunidad. Como tuvo en Atenas, capital de aquella nación tan calurosamente patriótica, popularidad de contempladores, y notoriedad de prensa, cuando estuvo expuesto el broncíneo-granítico homenaje, en uno de los más lujosos escaparates de la capital.

¿Apuros...? Cuando en la madrugadita del día 14 de julio, ¡el día de la fiesta nacional francesa, en que tantos servicios paran! horas después de la llegada de los universitarios de Valladolid, no se daba con el facturado bulto ¡hora tras hora...! Resultó martingala de la «agencia» de transporte de los equipajes; y cuando ya veía Mergelina, que íbamos a tener que zarpar sin él, celosamente logró aclarar la verdad y sacar el «pedrusco» de la estación y llevarlo a prisa al «Andros». ¡Qué diferente el viaje, casi señorial, del crucero mediterráneo de 1933, en el bello «Ciudad de Cádiz» de la Transmediterránea, en viaje oficial, sin más pasajeros, ni más carga, que los universitarios, que viajábamos allí cual lores en «yachts» propios! Porque en el «Andros», si la piedra fué aceptada y bien, nosotros, pagadas nuestras cámaras de modesta segunda, llegamos tarde para ser camaristas «de hecho», como debíamos serlo «de derecho», y dormimos «a la belle étoile», y nos lavamos entrando de prestado en éste o el otro lavabo. Es decir, que el Greco y nosotros corrimos con el mismo trato de sobre cubierta. Pero, como dicen, ante cualquier percance o molestia, mis casi paisanos los de Alcoy, por San Jorge..., y yo repetía a los valisoletanos «todo es fiesta», «¡tòt es fèsta...!».

EL DIA DE FÓDELE (27-JULIO-1934)

Lo temía Me preocupaba. No quería, yo, que fuera un día entero: bastaba un par de horas, o matutinas o vespertinas, decía, y lo decía inútilmente. ¡Perdíamos muchas horas del Museo de

Jándia, ya mucho más sabroso de visitar, después de recorridas bien sus grandes proveedoras: las excavaciones palaciales de Cnosós, de Faistós, de Hagía Triáda y la ciudad de Górtuna, desaparecida. ¡ Pero cómo resistirse a los planes de los cretenses amigos, sobre todo al afán popular del alejado pueblecito de la montaña! A desgana, lo confieso, monté en uno de los autos, y eso que para no «perder» del todo el día, madrugando, buscando (por entre las calles revesadas) la Catedral, adivinándola al solo guía de sus toques matinales de las campanas, y alcanzando su puerta en el mismo instante en que la abría el sacristán, media hora había aprovechado al menos (en el día «perdido»), viendo las pinturas del Damaskinós, pintor coetáneo y conterráneo del Greco, y en Venecia pintor, como el Greco.

Canto aquí mi palinodia. Acúsome de mal profeta. El día de Fódele fué una pura delicia. La jornada del Greco, una de las inolvidables de nuestra vida: opinión unánime, entusiasta y cantatriz, de todos los veinte expedicionarios, de ellas como de ellos, de los jóvenes, como de los profesores, incluso los uraños y descontentadizos. Unanimidad entusiasta, máxima.

Tras de recorrer los autos el llano feracísimo, trepamos, a la vista de él por las cuestas y las revueltas de la escalada de la abrupta seca sierra ingente, el sistema montañoso pelado del Ida—todo él y todas las montañas cretenses son de caliza paleozoica—, donde fuera la niñez celada de Júpiter. No tan pelado, que no nos acompañen constantemente, en las quiebras de las peñas, los algarrobos, el árbol típico de mi valle nativo de Albaida, en la tierra valenciana mediterránea. Allá en mi patria no vive sino donde pueda alcanzarle brisa de la mar Mediterránea, condición precisa. Pero en Creta, acaso con igual rica cosecha (cantidad, calidad)—de las dulces silícuas, alimento golosina de los chicos y alimento dulce del caballo cuando se le pide al animal mayor vitalidad de trabajo—, el fuerte, algo monumental, verde oscuro árbol, en Creta, en las sierras que separan a Jándia de Fódele no está en labrados banales de tierra algo pedregosa, sino más salvaje, aquí y allá, al capricho de una selva natural; y al parecer sin el siempre escaso cultivo de pura y tardía reja que en España: en Creta no parecería que tuvieran dueño los caprichosos espontáneos árboles.

Echamos pie a tierra, primeramente un instante, en lo alto, tras grandes curvas y revueltas para decir adiós al paisaje de la llanada y la bahía (e islita); pero después no se baja, no se baja sino para volver a subir, y se vuelve a la derecha como a la izquierda, indistintamente, porque para salvar el macizo, precisaría (lo había observado al costear tres días antes la costa Norte mitad Oeste de la gran isla alargada), gran número de kilómetros interminables. Difícil carretera, apenas terminada, entre las dos capitales, ambas al Norte, que imposible por el lado del mar, ni aún siquiera por alturas a vista de sus aguas, es toda ella un puro puerto, una serie interminable de puertos en lo abrupto y lo peñascoso.

Y así, entre cielo y peñascosas montañas corríamos, cuando atisbamos el fin de nuestro viaje... rodado. Un collado entre varias vertientes; dos o tres grupitos de escasos, pero admirables altos pinos parasoles, es decir, piñoneros, raros en Grecia, donde los pinares como los de mi tierra, son de pino «de Alepo»: el más feo de facha, el más verde, el de hijota más delgada. Y debajo de ellos, en distintas alturas, todo un cartón de Goya, todo un cuadro de Goya de los tapices y de la Alameda de Osuna, particularmente recordaba uno de los cuadros, hoy del Duque de Montellano; admirable de azul de cielo, de verde de los ramajes, y de una aglomeración de gentes y cabalgaduras que nos esperan, repartidos por las cuestas y escalonadas. Cuadro lleno de luz, a la vez que de la alegría inequívocamente espontánea y popular de los jayanes, de los espoliques, de algunos prohombres también de Fódele. Ellos, no dejan de llevar, ya no uniforme, alguna nota de traje popular; pero los borricos, las mulas, los caballejos, con sus no sillas, sino albardillas de montar, llévanlas cubiertas de amplias mantas en general de varios rojos y de amarillos, y de otros colores vivos, parleras, admirables para contraste con el célico azul y los verdes del suelo y de las copas inmensas de los parasoles pinos. Se desborda la alegría en nosotros, chicas y hombres, el clérigo mismo; todos montamos, en general, con visible y nada caballero apresuramiento; pero ello, apenas hemos probado el primer agasajo de refresco y manducación; copita de mástica, peras ricas y agua, y todo al constante acompañamiento de la música, de la «lira» y el canto. Lira se llama a un como guitarrico, pero instrumento de cuerda (de

tres) y arco, ligero, para tañido sin del todo preciso apoyo, dando una nota invariable de fabordón la cuerda grave, y pocas diferentes notas, al pulsado del músico, las otras dos; los cantos, con ella, de un sabor arcaico, acaso varias veces milenario, cánticos si a algo parecidos a lo eclesiástico griego, en «modos» y «escala» nada modernos (plagales o lo que sean); seriedad y monotonía relativa, que comporta a veces frases que se ven decir (quien no las puede entender) como de broma y escarnio, a juzgar por la sonrisa, sobre todo la sonrisa maliciosa de los ojillos de quienes las escuchan. En realidad, esa música no cesó en todo el día, con relativas variantes. Al final de fiesta, recibí yo, aunque naturalmente para destinarlo al laboratorio de Arte de la Universidad de Valladolid, como obsequio del municipio o comunidad, uno de esos guitarricos, repito que llamados «liras» en Creta (y en la Grecia toda).

Apenas cien pasos, es decir en el mismo collado todavía, asomándonos a una estrecha y terrible y larga hondonada, se nos mostró en el fondo mismo del alargado embudo, el pueblo, Fódele. La pureza del aire nos lo decía tan cerca, que el más comodón de los excursionistas decidió (fué un horror), hacer la bajada a pie; todos nos maravillábamos de que la tal bajada fuera a ser tan larga y creíamos doblada o triplicada la cuenta presunta del tiempo.

Al principio y como un tercio de la bajada, es ya de trazado de ingeniero: una futura carretera, no del todo esplanada, y nada afirmada, con amplios, pero empinados zig-zags. El ir para acá, ir para allá de las cuestas, aumentaba el encanto. Eramos cabalgata lucida, multicolor, vistosísima, de unas cincuenta cabalgaduras, y casi tantos entre músicos, cantadores, espoliques, etc.; pero aún se nos agregaban o cruzaban otras cabalgatas, de gentes de la comarca, unos bajando, tras de nosotros, delante de nosotros, y otros muchos (más) subiendo, cruzándose con nosotros a veces en apartaderos apenas posibles entre las peñas, esto último cuando se acabó la solo hilvanada y aun no cosida «carretera», cuando seguíamos zigzagueando mucho más rústicamente por camino centenario, desgarrado, roto, peñascoso, cuando no pedregoso de pedrusco suelto.

Y bien pronto fuimos comprendiendo la celada que se nos había armado, sin nosotros advertirlo, pero de acuerdo quizás Ján-

dia con Atenas (nuestros amigos) y con Fódele (pueblo todo). Es que nos habían hecho el programa y calendario, precisamente para el día aquel, 27 de julio. Porque el 27 en la iglesia griega «ortodoxa», como en la latina «católica», es el día de San Pantaleón, Hágios Pantaléimon, popularísimo en las iglesias orientales, y titular de un «metojí» (granja de monasterio, como convento sucursal), que tiene colgada su iglesia típica y sus dependencias de media ladera abrupta al paso de nuestro camino. Es decir, que asistíamos a una devota y alborotada romería, famosa en toda la comarca, en pleno carácter típico todavía, animadísima, alegre, llena de luz y de color..., pero sin suelo, sin tierra para las gentes; apenas una sola plazoleta, las rinconadas desniveladas, cuatro o cinco, escalonadas, lo uno colgado sobre lo otro, lleno todo de romeros y de caballerías, todo apretado. Entusiasmo renovado a nuestra llegada y total y provisional descabalgamiento. Entrar al templo, demasiado viejo (a toda evidencia) como para poder asegurar categóricamente que si el Greco se crió de niño, de mozuelo, de joven en Fódele, aquí asistió, aquí rezó, aquí bailó, aquí comió como nosotros el pan bendito de San Pantaléimon, aquí sentaría los pies y acaso brincó piruetas en el baile... Estudiamos un poco las ikonas, particularmente una que quieren atribuir al Greco, totalmente bizantina (por tanto, nada en sus estilos personales), pero con algo de alma... que tira a parecerse (el alma sólo) al alma del Greco de España y de Venecia: cuadro de San Onofre; ikona baja, al suelo, a extrema derecha de la iconóstasis.

Comido, en parte, el sabroso pan (el resto guardamos; pero a los dos días era como piedra), bebido algún ya segundo agasajo de mastika y de agua, gozado el espectáculo del baile típico en su ambiente vital—no como el año anterior, en un casino o club de ciudad, aunque realizado por fodeleses—, como pudimos nos abrimos paso, nos montamos como pudimos y proseguimos entre los afectuosos saludos, nuestra enorme bajada.

En casi toda la cual, habíamos perdido Fódele de vista, y no la recobrábamos al acercarnos al pueblo, pues ya cual fondo de hondísimo y estrechísimo valle, sin llanos, habíamos de caminar por el cauce del «río», entre olivares de magna arquitectura de ramas y muchas otras arboledas, también aquí los olivos aprovecha-

dos, es decir (a mi ver) acebuches u olivos salvajes, hace siglos injertados en olivo de oliva.

Aquí, todo eran pedruscos, del arrastre de la corriente cuando se hincha y en edades pretéritas de grandes lluvias, y entre ellos y los ricos árboles de cosecha, se empeñaban los espoliques «agoyátes» (sobre todo los de las chicas) en demostrar el entusiasmo popular, haciendo correr a golpes las respectivas acémilas, en carreras dificultosamente aceleradas; lo que nos obligaba para no ser desmontados y heridos de las ramas de árboles a muy poco conocidas fórmulas de «equitación»: creo que no se llegó a caer nadie, milagrosamente ¡inconvenientes de la popularidad! La sinuosísima angostura no tenía fin; ni tampoco ensanches apenas. En uno de alguna consideración, por lo visto ya próximo a Fódele, oímos truenos de saludo, acompañados por varias pistolas, que de una vez descargaban los cinco tiros de los cargadores, gritos, aplausos, niños con banderas azul-blancas de Grecia, y roja-gualda-moradas de la República Española, capitaneados por la maestra, una de las más bellas de las señoritas que allí esperaban; más representación masculina del pueblo, y un segundo agasajo, ya todos juntos por algunos centenares de metros, por la vaguada del seco «río» llegábamos enfrente del caserío, y la iglesia entre huertas, a la izquierda de ella, mientras a la derecha, con unas pocas casas nos hallamos en un soto estrecho, de grandes árboles, engalanados, adornado con percalinas patrióticas y escrito saludo y allí la masa mayor del pueblo. Nuevo tercero agasajo: el segundo mastíka, lekumi, agua fresca...; el tercero mastíka y gazzosa.—La mastíka (mastíja) es como un anisete, riquísimo, muy dulce, pero no de anís sino de mastik, producto de otra planta, del lentisco; ofrece apropiadísimo doble sorbo para beber agua o la opaliza y refresca echado en ella. Es cosa tan nacional, que a los agasajos más aristocráticos de media tarde, aunque se dé té, no se llaman sino «una mastíka». El «dekumi (loukoumi) es una pastilla grande de un dulce como gelatinoso, como que es goma azucarada y aromatizada con agua de rosa; se toma para beber, y creen los griegos que evita que el agua pueda hacer daño alguno, aun no siendo buena.

Terminados los saludos, los gritos afectuosos, comenzó el paseo a pie. Salvado el puentecillo no entramos en el pueblo, sino

que por debajo de sus casas, plantadas irregularmente, por senda entre huertas y a lo largo de las acequias, llegamos primero a la fuente, donde tuvimos nuevo refresco: mastika y obsequios de sandías, y melones, pepinos. Después—después yo, valientemente, supe coger algún higo chumbo para que lo comieran y probaran las chicas castellanas y alguno para comérmelo—, después visitamos la iglesia parroquial, donde nos quisieron mostrar los dos grandes álbums formados con fotografías copiosísimas de cuadros del Greco y detalles, con que mi Facultad de Filosofía y Letras obsequió desde Madrid, de vuelta, a Fódele, en agradecimiento a su saludo y obsequios en Jándia, el año anterior. La iglesia, es posterior al tiempo del Greco, incluso su solar. No vimos al sacerdote, y no vi (como creía) los textos de los documentos del siglo XVII, referidos a la familia del Greco.

Y después emprendimos amenísimo y no corto paseo, a poca ladera, río abajo, cosa de dos (?) kilómetros, entre huertas o secanos llenos de grandiosa arboleda y bajo de tajadas ingentes y ahuecadas rocas, hasta llegar a la en despoblado vieja parroquia, en muchos siglos anterior al Greco, en la que habría de estar bautizado si nació en Fódele, y donde estaba en aquellos lejanos tiempos el poblado todo, entre acequias también.

Es que, de allí al mar hay sólo «20 minutos» (algo más será); lo que parece imposible: por estar tan cerrado su horizonte entre las dos opuestas ingentes laderas sin vista al boquete de salida. Y por ésta, siglo tras siglo, tan cerca del recorte marino de las tremendas sierras, su cala podría ser y fué desembarcadero de piratas, corsarios y enemigos, y los de Fódele, aún veneciana la isla, en el siglo XVII, ante un desembarco de los turcos, tuvieron que huir precipitadamente barranco hacia arriba, y se convencieron luego, de que dos o tres kilómetros más de hoz tan tajada y tan sinuosa les bastaban para su defensa y garantía. Y así levantaron sus nuevas casas y su nueva iglesia donde ahora está; y se cayeron las viejas (entre las cuales, los paredones de una principal y próxima al templo, la quieren decir tradicionalmente la casa de los del apellido del Greco); pero se conserva el templo. Templo venerando, en su modestia, por haberlo de remontar en su estado actual al siglo XI (?), y mucho más venerando, por verse el actual rodeado de

los más amplios muros y restos de triple ábside, de igualísima orientación e igual situación del santuario, correspondientes a un templo bizantino o protobizantino. Allí Mergelina levantó, con prisa, planos ; anotamos los ocho o diez grandes fragmentos de las pinturas murales que en la baja Edad Media cubrieron el interior ; y allí, más que en ningún otro punto del pueblo, de la comarca, de la isla, y de la Grecia en total, parece ha de venir a situarse el orto místico del gran pintor místico, tan extraño y tan cabezalero en toda la Historia dos veces milenaria del Arte cristiano.

Nuestro afán de estudio, no veíamos que retrasaba, todavía más, la preconcebida solemnidad y el consiguiente campesino banquete.

EL HOMENAJE Y LA FIESTA

Tomando la vuelta—después de beber en la fuente del agua del viejo Fódele, comiendo un obsequio de ciruelas, de naranjas, de peras—, por la orilla opuesta, remontando el paseo, por enfrente, al fin, del caserío del nuevo Fódele, volvimos en realidad a las casas y la arboleda donde habíamos desmontado como dos horas antes, o más ; pasamos entre las ya improvisadas y preparadas mesas al aire libre para solos nosotros, los que llegamos de Jándia, y allí mismo caímos en la cuenta de que nuestra piedra de Toledo, nuestro en ella incrustado bronce de Benlliure, que ya no sabíamos donde la íbamos a encontrar (creimos, no se por qué, que en la iglesia, o en la vieja iglesia cuando logramos idea de ella), las habían transformado bella y sencillamente en monumento, de cemento armado, o cosa así: una estela sobre gradas, incrustada con el obsequio español y su doble letra, castellana y griega. Allí, ¡ muy bien, muy grata, muy distinta de los monumentos de ciudad, la estela ! rectangular sin moldura ; apropiadísimas las proporciones ; con rustiquez de su apariencia, allí propia ; allí: debajo de las cuatro o cinco grandes ramas de un viejo inmenso tronco, de plátano un día hace siglos cortado a cierta altura, del plátano de paseos, tan connatural con la Grecia, tan espontáneo, tan ingente, como allí a veces, cual en su patria el árbol, el árbol nobilísimo y

clásico que ostenta el recuerdo inmortal de uno de los más inmortales diálogos socráticos de Platon. Ello, en el no muy amplio soto, junto a la acequia grande del mismo lado, a la vista de todo el caserío enfrente, y con todo carácter campesino y sin gota de urbano, la verdadera entrada única del pueblo—puesto que la otra, o lado del mar, no puede ser camino para ninguna parte—. Lugar precioso, soberbio rincón para tan sencillo, pero tan significativo recuerdo, pleno de gloria y de una inmortalidad parecida a la de la antes aludida sombra de aquel otro plátano platónico, a orillas del Ilisós ateniense, infinitamente menos bellas, ahora al menos.

El acto fué alegre, popular; hasta por el detalle de los lloros o gritos de unos niños, que irritaron elocuentemente el celo de alguien. Discurso en griego, no largo, bien dicho, y más aclamado, que palmoteado, del Sr. Meillissídes, hijo de Fódele, médico en Jándia. Contestación del alumno de Valladolid, Sr. Tovar, que ya habla el griego moderno, sobre ser el primer traductor al castellano (inédito todavía), del viejo libro de Pausanías. El catedrático de Valladolid, Sr. Galindo, en nombre de la Universidad contestó en francés a la parte final, en la misma lengua, del señor Meillissídes. Y este señor, después y siempre en nombre de Fódele, en alta voz y equivocada personalización, solicitó que el señor Tormo (por aquello de ser ex-tál) fuera quien tirara de la tela que encubría, y bien totalmente, el monumento. Tuve que obedecer, incluso por la forma que usó, no se si protocolaria, de besar mi mano haciéndome representante de España: gesto inesperado, como la invitación misma, que tuve improvisadamente que contestar, en forma muda, besando una bandera griega de las que agitaban (y las españolas), los niños y niñas de la escuela, a derecha y a izquierda del bronce de Benlliure.

Con lazos de una y otra de las dos banderas nacionales, recibimos acto seguido los españoles sendas ramitas de laurel, allí cerca cortadas: como (por lo dicho) me tocó la primera, se la daré al Marqués de la Vega-Inclán, por si la cree propia para conservarla en Toledo en un cajón de la Casa del Greco.

Pero yo para ella, o para el toledano Museo del Greco, adyacente, discurrí una idea, una ideica, algo difícil, que yo desearía alcanzar a lograr del Ministerio o de la Academia de San Fernan-

do. La voy a decir aquí, desde luego. Idea de serie de paisajes.

Fódele es un rincón bellissimo del mundo ; sólo un artista, un paisajista (no modernista, precisamente), un pintor de potente paleta colorista, rica en variadísimos verdes, un amigo de la luz y de color, pero, de estirpe impresionista, exacto y verídico notador, ¡ y hay varios en España !, debería ser enviado por el Ministerio o por la Academia de San Fernando (pensiones del Conde de Cartagena, por ejemplo), enviado a Creta, concretamente a Fódele, a hacer su docena, o más, de cuadros de tamaño homogéneo, y con idea de serie, que reprodujeran, escogidas, como doce vistas variadas de aquel bello rincón del mundo. Para con ellas, crear en la sagrada Toledo, en la Casa o Museo, la Sala de la Patria del Greco.

Una poca explicación, para encelar a quienes pueden pensionar el encargo.

La hondonada del «río», entre vertientes inabordables no se cuantos centenares, o millares acaso, de metros de desnivel supone ; cauce inverosímilmente hondo, salvo si se tajó en edades muy pretéritas, o es hijo de una falla tectónica ; ya que el macizo montañoso del Ida tira más bien a redondeadas formas. Y como el tajo aquel, la hoz hondísima es ondulada, Fódele, cerca del mar invisible, a escasa altura ya respecto del nivel de sus aguas, vive en fondo de embudo al amparo de todos los vientos, de todos los fríos, y de todos los calores. Y como el desnivel de las inverosímiles laderas de uno y otro lado es tan exagerado, brótanle manantiales variados de regadio bien aprovechado, apenas hay cuatro palmos de tierra que puedan ser allanados. Allí pues, todas las cosechas ; estrechísimos huertos de naranjos, verdadera profusión de plátanos de Indias, etc., etc. Y como apenas lograban los fodeleses tierra para allanarla en huertecita, tampoco espacio para sus casas, por fuerza encabritadas, rampantes, escalonadas, a trechos aisladas. acompañadas de algún rincón de huerto, sombreadas de árboles: de árboles, pues es lo que predomina, variadísimos ; sin faltar los cultivos de legumbre...

Del todo distinta, totalmente diferente, es la por otro modo también maravillosa hoz toledana del Tajo, y todavía es de presumir, que el deseo del Greco de vivir allí casas «de Villena», singularmente las que dominaban la coracha, o torre baja del río,

es decir, el río mismo, sus hondonadas, sus locas vertientes y rodaderos, pudo obedecer a los recuerdos de la niñez, vivida en lo hondísimo de una garganta de sus montañas cretenses.

¿No sería pues, un lindo y un digno homenaje a su memoria en Toledo, su segunda patria, tender una salita con los paisajes de Fódele...? ¿Con los que vieron sus ojos en la niñez...? ¿Con el ambiente de su patria por él tan querida? ¿Del rincón de mundo que más le reía al recuerdo de emigrado? ¿...portado a la tierra seca de Castilla (¡seca es Creta!), donde todavía vaga su sombra inmortal, lejos de los manes de sus antepasados?

He dicho la palabra del amor del Greco a Creta. Antes incidentalmente recordé la desaparecida ciudad de Górtuna, la que era capital de Creta (y de la africana Cirenaica) bajo los romanos. Allí visitamos los restos grandiosos de la basílica justiniana de San Tito, el primer obispo de los cretenses, el «varón apostólico», el cristianizador de Creta en el mismo siglo I de la Era cristiana. Y allí recordé a los alumnos valisoletanos, que el Greco, cuántas veces pintó (en sus Apostolados, o con San Pedro, o solo), a San Pablo, siempre le puso en la mano un papel, y el papel siempre dice en griego el comienzo de la epístola de San Pablo «a Tito episcopo de los cretenses». Devoción del Greco, y también orgullo: el de ser su lengua materna la del Nuevo Testamento todo:—menos San Mateo cuyo texto del evangelio original se perdió y es precisamente la versión griega la subsistente—. Un homenaje español al Greco, pues, indicado, sería que diera la nota del grecismo, del cretismo cordial del pintor. La serie de vistas de la angostura maravillosa de Fódele, cumpliría esa condición, noblemente.

EL YANTAR Y LOS BAILES

La comida, muy entrada la tarde, fué gratísima. Sentados a las largas mesas debajo de los árboles, junto a las aguas, a la vista inmediata del monumento del Greco. El día era delicioso, fresco: al contrario de los dos anteriores, de calor casi casi épico—: sobre todo al sol, al desamparo de toda sombra, precisamente cuando recorríamos (largas horas de estudio) las ruinas de los palacios de

Cnosós, al Norte, de Faistós y de Hagía Triáda, al Sur de la isla—. El apetito nuestro era voraz, apesar de los graduados y tan bien escalonados agasajos previos.

Para organizar el servicio y fiscalizar la elaboración del menú, todo él de carácter típico, popular, cretense, habían venido de Creta señoritas de abolengo de Fódele: las que nos sirvieron a la mesa. Las capitaneaba, distinguidísima en su disfraz, la Srta. Elisabeth, sobrina del Sr. Meillissídes: hizo de «*maître*», además de servir cual modesta camarera.

Primero unos típicos *sandwichs* de queso llamados *tiropídes*, *creo*, y de *foie-gras* también; pescado de *entremés*; huevo. Ensaladas de tomate y de pepino. El primer plato, esta vez admirablemente guisado, fué la típica «*menúsa*». El segundo el no menos feliz allí (¡y no siempre en días anteriores y posteriores!) del cordero a la *pelikár*. Los cuales, dos, son platos nacionales. El cordero se asa entero, al aire libre. Y es la «*menusa*», una como natural consecuencia de su consiguiente *trinchado*; pues se sacan el hígado y las otras minucias más ricas, y cortadas a corte grande se forma un que llamaré «*embutido*», con las tripas del animal; pero no éstas rellenas del hígado y otras entrañas mezcladas, sino que las tripas, enteras y limpias, se convierten en bandas que espiralmente puestas y apretadas permiten el guiso, cómanse después o se aparten cual la piel de nuestros embuchados o salchichones. En Faistós la «*menusa*» no había gustado a los nuestros: en Fódele gustó mucho a casi todos.

Después comimos otro guiso: «*pelike*»; después (cosa muy típica) huevos cocidos ¡huevos cocidos, tras de un hartazgo! Después abundancia de frutas... Vinos, claro y rojo, y (faltando a lo típico) el uno y el otro no resinados (1). Y *mastika*. Y un vino espumoso. Y café «a la turca», es decir, a la griega (2).

Tras de un tan abundante y rico simposio, las restantes horas de la tarde, retiradas las mesas, fueron de baile: de baile, y su mú-

(1) En Grecia, ahora como en la antigüedad, se bebe universalmente vino elaborado con resina, que le preserva de agriarse, pero le hace muy desagradable para paladares europeos, no griegos. El *tirso de Baco*, con su piña obligada, demuestra el abolengo del resinato, varias veces milenario.

(2) Tacita menuda de café puro, cargadísimo y con posos, que se toma a sorbitos, sin agotarla.

sica, típicos, y baile ininterrumpido, hasta la hora precisa para iniciar la vuelta a la capital de la provincia.

LAS DANZAS

Esto de los bailes de Fódele, es decir: de Creta, merecería capítulo aparte, si yo pudiera escribirlo.

El año 1933 ya presenciemos algunos, como tengo dicho, en el Club de Herákleion. Por tanto en ambiente impropio, aunque fueran los bailantes gente de Fódele. Me dieron la impresión primera de algo sumamente antiguo, digno por tanto de cariñoso estudio. Entonces, como en principio y en general, son bailes en rueda, tenidos unos con otros bailadores de las manos, fuí yo mismo quien sugirió que en aquella ocasión contestaran los españoles, concretamente los catalanes de aquel crucero mediterráneo, bailando una sardana, como así se hizo: la capitaneó el catalán, catedrático de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia, D. Luis Pericot, bailándola con él alumnas y alumnos de la de Barcelona y de su Escuela de Arquitectura. Pero ya vi la notable diferencia entre el remoto baile de la Grecia propia de la antigüedad y el baile de sus remotas colonias del Ampurdán catalán.

Los bailes de Fódele, de Creta, son algo mucho más rítmico, más complicado, más expresivo, y más bello, y sobre todo, de impresión más... arqueológica.

En realidad no son circulares, sino con esta advertencia: que la ristra o fila de los bailarines tiende a cerrar un círculo, pero no lo cierra. La cabeza y la cola de la fila están bastante cerca, pero no se enlazan nunca; ni aún cuando la aglomeración de los espectadores les obliga a desarrollar su marcha en torno en más corto espacio. No se si era esa una característica de la danza pyrrhika o púrrika de la antigüedad.

Los... diez..., los doce..., o los veinte bailantes, van unidos por las manos llevadas en alto; por las manos, o con más o menos frecuencia y algo indistintamente al parecer, mediante un pañuelo que tiene cada mano del uno y del otro cogido por un lado; con parte de la tela libre en medio, para facilitar el ritmo de los movimientos.

Esto ocurre principalmente y con mayor necesidad en los dos que van a la cabeza, encargados de todas las florituras, figuras, movimientos, pasos, saltos y rarezas del baile; todas las cuales rarezas, figuras, saltos o pasos, florituras y movimientos, son rítmicamente acompañados de los movimientos mucho más sencillos de los restantes bailadores de la fila curva. Añadiré que los que van a la cabeza, alternan a veces pasando el primero a ser a ratos (más cortos) segundo y viceversa: cuando el resto de la ristra no cambia; pero diré, además, que terminado al parecer un período algo largo y complicado, el segundo pasa a ser primero y el primero segundo, y al terminar otro, mediando cambios igualmente rítmicos, el tercero pasa a ser uno de los protagonistas; los ex-protagonistas quedan naturalmente rezagados en la fila, y si están cansados, solamente desde el cuerpo y no desde la cabecera de esa sierpe torcida, se alejan de ella. A ella se incorporan otros, pero también, no por la cabeza. Si el que se incorpora desea ir a ser protagonista pronto, se incorpora al entrar en juego, por el tercero o alguno de los subsiguientes lugares secundarios, cuando el que se quiere incorporar sin tantas pretensiones, lo hace por la cola o por cerca de la cola. En realidad la aspiración y el paso a ser primero o segundo protagonista, es como libre y no por turno, y presumo que presupone un reconocimiento de los merecimientos del que desea probar su habilidad.

Dicho esto, complicado de decir, añadido ya que toda la fila tiene un movimiento constante de balanceo cual la hispánica sardana, y cual ella, si parece el tal balanceo sencillo si se mira a los cuerpos, resulta complicado en su sencillez y extremadamente rítmico y rápido si se mira a los pies. Estos están constantemente apuntando, sobre todo por sus extremos a uno y otro lado, torcidos o no torcidos, o retorcidos con ritmos escrupulosísimos, aun en los compases más insólitos, de cinco, de siete... Por lo cual, los bailadores están constantemente pero majestuosamente y modestamente mirando los bordados y rúbricas de sus pies, lo que da aire de serenidad, de religiosidad, al baile. No puedo imaginar mayor escrúpulo devoto en David, el rey profeta, bailando en la procesión del arca de Jehová. Así bailarían las hieródulas de los cultos paganos más castos, mayormente místicos. Cuando en la tarde de Fó-

dele, junta e indistintamente con los hombres del pueblo y sus mujeres o chicos, bailaban y hacían de protagonistas (esta palabra la doy yo), la bella maestra del pueblo, o la gentil sobrina del Dr. Meilissídes, o la extraordinariamente simpática prometida esposa del joven y docto Conservador del Museo de Jándia, Sr. Pláton, la figura de cualquiera de ellas, tan fina y delicadamente movida con mínimo movimiento del torso, con máximo movimiento de los pies, todo igualmente y soberanamente rítmico, parecía verse este insólito caso, el de una santa cristiana, plena de recato, dulzura y devoción y santa alegría... bailando!

No se crea que reduzco a los pies el carácter bellamente rítmico de los bailes cretenses: exageré, pues el cuerpo, aun comparativamente inmóvil, marca sencilla y majestuosamente el ritmo gentil; acaso lo más inmóvil son las manos, las enlazadas manos.

Eran siempre bailantes en notable mayoría los varones, y a veces quedaban (y comenzaban) por ser sólo varones; nunca ellos y ellas en edad de relativa niñez, y en cambio frecuente el caso de viejo y de vieja (no muy viejos), sin duda los un tiempo famosos bailarines, que tomaban parte en el juego, y no siempre en solo las plazas secundarias. El predominio de los varones y desde luego el no verse nunca lo que es una pareja en los bailes occidentales va bien con el abolengo milenario, varias veces milenario, de las danzas que allí vimos, en general danzas del tipo de las pyrrhicas de la antigüedad clásica.

Este aspecto se acentuaba en algunas, o acaso (más bien) en pasos muy varoniles, aun demasíadamente varoniles, de todas ellas. Por ejemplo, cuando después de unos tiempos y bastantes compases, durante los cuales, en vez de estar unidos por las manos, estaban trenzados brazos y brazos horizontales, cada uno, tieso, al hombro del vecino, avisaba uno a sus dos compañeros inmediatos (los tres varones), y rítmicamente daba la rápida total voltereta de todo el cuerpo tieso en el aire, como campana española, girándolo sobre el eje de sus dos brazos en cruz. Por ejemplo también, en los casos en que el tal, ya lanzado a brincos, acompañados de los sonoros brincos de todos a la vez, de un salto se ponía los dos pies sobre los dos hombros del tocador de la «lira», que sentado al centro de la incompleta rueda, acompaña con su música relativamente monó-

tona todos los bailes, en general acompañados de música vocal y letra por el mismo, por bailarines y por alguno de los espectadores. Aquel encaramado, sin soltar (creo recordar) la mano y pañuelos de sus dos inmediatos, se marca sus pasos de pies, a costa del liricino, pateándole rítmicamente los hombros. Alguna vez, excepcional, el pateado fué más arriba, las rimadas rúblicas de los pies sobre la propia cabeza del tocador del ya descrito violinico. En todo lo cual vi lo que llamaríamos militar, o espartano, de unas danzas varoniles, guerreras, es decir la idea que solemos tener de lo que fueron en la clásica antigüedad las danzas pyrrhicas.

De los últimos citados casos, los algo brutales, pero tradicionales—el músico quedaba tan alegre con el tremendamente impropio pataleo—más los recuerdo, arriba, en la romería o panegiria de San Pantaléipnon, que abajo, en el Soto del monumento hispano cretense del Greco. Pero en una y en otra parte se ofreció ejemplo.

Ejemplo, sólo de quienes se sabía que dominaban tan difícil equilibrio móvil y rítmico. Así, en alguno de los hijos de un sexagenario que, él, también bailó y bien, aunque sin tales acrobacias ya.

Del cual padre, gran tipo de energía y seguridad en su porte, de simpatía y socarronería, se nos contó la historia.

Era pastor, apuesto, guapo, decidido. En aquellas serranías el pastoreo en la montaña crea rivalidad con los de los pueblos, que los tienen en poco. Y como se enamorara de la hija de un rico ciudadano de Fódele, sin trámites de noviazgo ni menos de seducción, fué, y acompañado de unos ocho pastores amigos, bajó a Fódele y raptó a la guapa chica. Llevóse la: respetándola escrupulosamente. Y el mensaje al padre de ella fué conminatorio: le dijo, por mensajero, su enamoramiento y su decisión: o se la daba por esposa o mataba a la muchacha y se mataba él. ¡ Y se casó con ella! Y fueron felices, y seguramente que comerían perdices, y más aun cordero a la pelikár y menúsa. Sus hijos, fuertes, de más de un palmo de más altos que el padre, y su hija, ya casada, son de los mejores tipos y los mejores bailarines; de mirada dulce y algo altiva el más hábil bailarín, enjuto, lo recuerdo con el amplio pañuelo desgairadamente ceñido a la cabeza, volantes sus largos picos, o puesto (otro?) al cuello. Y como en la Creta, que era de Turquía aun en el mismo siglo XX, rige la «ley» de la implacable venganza de fami-

lia, mayormente tratándose de la rivalidad entre pastores de arriba y cultivadores ciudadanos de abajo, cabe en lo posible que la familia de la raptada de hace lo menos 30 años, cumpla con el «precepto» inexorable de la venganza familiar del rapto todavía no castigado. Y aún así se teme que ocurra, cuando muera el padre de ella y sean sus hermanos los llamados a la venganza familiar. Todavía, sin embargo, se confía en el olvido, en parte por el insensible cambio de los tiempos, y en parte, porque el raptor y su prole, sin renegar del pastoreo nada, han llegado a la riqueza, y son muchos los ganados de su propiedad a la vez que de su apacentamiento, constituidos en familia bastante principal en la comarca.

Volviendo al tema (si se perdona la distracción en el mismo), diré, que notada la poca variedad en las danzas, pero desde luego viéndolas algo variadas, de ritmo, de melodía, seguramente de letra, quise apuntar sus nombres, sin poder en manera alguna apuntar sus diferencias, para los extraños bastante mínimas. Me dieron los siguientes:

Danza de Kanea: «Janiotikos», la más repetida ante nosotros, en 1933, en Herákleion; en 1934, en Hágios Pantaléipnon y en Fódele mismo.

La «Castrinos», que también se llama «Pidiktos».

La «Pentozali», que es de cinco pasos, también repetida.

Y una sola vez la «Kalamatanos».

Y como, muchos días después, fuí obsequiado (como alguno de mis compañeros) en Atenas, con el obsequio de un libro, de Georges Lambelet, publicado por la Dirección de Prensa del Ministerio de Negocios Extranjeros de Grecia, titulado «La Musique Populaire Grecque: Chants et Danses», edición, con transcripciones musicales, armonizadas, música y letra (cuando la hay) de hasta 60 piezas, con prólogo de estudio con notas, con traducción de los textos al francés, además de la letra griega, he podido ver y tengo a mano, la música y en su caso la letra de tres de esos citados cuatro bailes, faltándome el «Kastrinos» o «Pidiktos».

Podría, pues, añadir aquí algo, aunque nada de lo bailable propiamente dicho, pues solamente se traslada y se anota la música y letra, sin ninguna referencia coreográfica. Me voy a reducir, a añadir a lo por mí de antes redactado de este capítulo lo siguiente,

tomado de las mismas notas del autor, y del completo estudio, que ya estaba de antes en Grecia adecuadamente hecho, del tema general del libro.

Que la Danza de Kánia es efectivamente (como yo suponía) del carácter de la pyrrhica. Tiene el principio en la gama de *mi bemol* mayor y desde el noveno compás (y tiene 18) en la gama hypodórica de *do*. Es en el libro la novena en la pág. 57, reproducida su música, sin llevar letra.

Que la «Pentozali», también cretense, y que el autor apellida «conocidísima y tan característica y plena del espíritu de la antigua pyrrhica» y de la que dice que tan altamente se apoderó del pueblo cretense, va al principio en gama de *mi* menor, y después en la gama hypodórica de *la*. Se reproduce al núm. 24 en la página 105, letra y música. Son 18 compases de 2/4, con letra de 6 estrofas.

Y que la «Kalametanos», la reproducida en segundo lugar, en la pág. 40, música sin letra, es sumamente difícil de definir en su gama, pensando si la de *sol* mayor al principio, pero muy luego abandonada, y variado todo, acabando después en hypodórica en *la*, pero con alteraciones y con mayores dificultades de clasificación. Kalamata es población del Pelopóneso, de la Mesenia (su puerto del Sur). Son muchos los compases y repeticiones, siempre del raro ritmo de 7/8, que el autor estudia extensamente.

EL PROBLEMA DE LA PATRIA DEL GRECO

Debo decir algo, sucintamente, del problema histórico de la patria, pueblo, del Greco... ¿Fódele?

Básase en documentos; pero en documentos no del Greco mismo, Doménikos Zeotokópoulos o Zeotokópouli (de ambas maneras tenía costumbre de firmar). Básase en documentos, no del tiempo del Greco, siglo XVI, sino posteriores, del siglo XVII.

Decíamos antes en España, y afuera, que no se podría saber cuál fué la localidad donde el Greco naciera, porque habiendo caído en el siglo XVII la isla de Creta en poder de los turcos—que la dominaron en los siglos XVIII y XIX enteros, y poco más—perdida

por los venecianos, habíanse perdido los archivos eclesiásticos y no se podía dar con su partida de bautismo... El cronista todavía ignora lo que haya en esto. Pero nótese que las iglesias cristianas no solían tener, sino por caso rarísimo en la Edad Media tales libros de bautismo. La latina cuando los ordenó (precedida de algunos años de caso de uso de ellos) fué en el siglo XVI, segunda mitad, por acuerdos consiguientes al Concilio de Trento. De Florencia, la ciudad más culta de Europa por 1400, se cuenta, se comenta y se encomia por los historiadores que inauguró en el mundo en cierto modo la Estadística, solamente por esto tan modesto: por haber puesto en el único bapisterio de toda la ciudad una caja en la cual, por un agujero, se metía una habichuela blanca o una negra, según el sexo del bautizado o bautizada ¡ y así comenzó a anotarse en el mundo la cifra anual de los nacidos cada año, partida la cantidad entre el uno y el otro sexo !

Los que en Fódele se encontraron, confirmando las noticias tradicionales, han sido documentos eclesiásticos de personas del siglo XVII de familia del mismo apellido. A la vez que se dice, que en los demás pueblos de la isla, muchos (aunque no sea hoy Creta, precisamente, «la de las cien ciudades» como en los tiempos homéricos), no se halla rastro del apellido familiar del Greco.

El valor, nótese, del hallazgo es relativo ; sobre todo por basado en la prueba difícil de lo negativo. Si allí, en Fódele, sí, prueba se da ; pero si en los demás pueblos de la isla, no, la convicción presupone creer algo inverosímil : que se hayan ya registrado tantos archivos.

Toda la prueba, además, la positiva, aportada, la inexcusablemente negativa, afirmada, no podrán dar la certeza. ¡ Tantas veces, aun en siglos de menos viajar que el actual, y en comarcas y en pueblos menos comunicados que los actuales, le nacen a una familia afincada en un pueblo un hijo o varios hijos en otro pueblo ! El Greco conoció en España a otro gran pintor, Alonso Sánchez Coello, un indiscutible portugués (y de apellido portugués), nacido... ¡ en el Reino de Valencia !

Salvadas pragmáticamente estas reservas, ciertamente que Fódele puede alegar título, y no otra población de Creta, ni menos de Grecia toda, para localizar en el pueblo el recuerdo del Greco, para

tener al Greco como gran gloria local. Aparece Fódele, si no como la cuna cierta, como la cuna presunta y sobre todo como el solar familiar de Doménikos Zeotokópoulos. ¡Es bastante!

Para ello, oponíame yo, el invierno y la primavera pasados, todavía un serio reparo, que ya no tuve como serio el día de mi llegada a Creta.

Porque el apellido de los presuntos deudos seiscentistas fodeleses del Greco, no es Zeotokópoulos, o Zeotokópouli, como firmaba cuadros el Greco, sino Zeotókis.

Yo, hace ya muchos años, quise saber si un conocidísimo político griego, varias veces ministro y alguna vez (si no me equivoca el recuerdo) también Presidente y Jefe del Gobierno, llamado Zeotókis, sería o no de la misma estirpe del Greco. Mi conjetura no la podrían descifrar los gramáticos helenistas de Madrid.

La vi descifrada en Atenas, facilísimamente a mi juicio, sin haber preguntado todavía nada. Porque lo que hube de curiosear, se refería a otra onomástica. Con una tarjeta en la mano, pregunté a nuestro incomparable amigo y de España, el Sr. Fákis: «Pan» como abreviatura de nombre de pila ¿significa Pantoléipnon, acaso?, pregunté, sabiendo que no son los griegos tan tontos como los españoles: que, a pesar del precedente latino, no tenemos abreviaturas convenidas ni para los nombres más comunes, Pedro, Pablo o Juan. El Secretario de la Liga Hispano-Helénica, me contestó sencillamente que «Pan.» es «Panaiotis», es decir, como en castellano «Mariano», masculino de María, pues «Panaiotis» lo es de Panagía (pronunciación griega moderna «Panaía»), atributo y como nombre más común en griego de la Virgen María de los latinos. Mi réplica fué instantánea, viendo claro mi olvidado y viejo problema. Y repliqué: luego Zeotókis, será la forma masculina propia de varón del Zeotókos (el otro conocidísimo nombre de la Virgen María en griego bizantino: Zeotokos significa «Madre de Dios», el capital de los títulos y la más radicalmente dogmática de las preeminencias de Nuestra Señora). Así es. Luego, viene a ser también, como el «Mariano» occidental, nombre de María para varón.

Lo demás es, de antes para mí, claro. El «poulos» (pronunciación griego-moderna, «pulos») o el «pouli» («puli»), indicando

hijos, descendencia o estirpe, es en Grecia ahora y ya lo era en el tiempo del Greco, sufijo o terminación de nombre patronímico, que unas veces sí y otras nó, se ha quedado incorporada y cristalizada en el apellido. Es decir, como «ez» en nuestros patronímicos Fernández, Sánchez, González: como los aun vivos y meramente patronímicos rusos en «itz» (para las hembras en «owna») Alejandróvitz, Nikolaiévitz (Alejandrówna, Nikolaiówna).

Y como en España, cuando aún, como hoy todavía en Rusia, funcionaban como patronímicos («hijo de Alejandro», «hijo de Nicolás»), por ser el padre Alejandro o Nicolás), había alternativas o variedades de patronimizar, así en Grecia. Unos de los nuestros se patronimicaban en Fernández, otros en Fernando, otros en Ferrando, otros en Ferrándiz, y otros en Hernando y en Hernán y en Ferrán, etc. Y de la misma manera, bastante menos rígida que la actual, influida por lo escrito y documental, había de ser y es ahora en Grecia indiferente llamarse Zeotokis, o Zeotokópouli o Zeotokópoulos. Como antaño nuestros García y nuestros Garcéz, o nuestros Díaz o Diego, Rodrigo o Rodríguez, Martínez o Martín.

Esto es, pues, cosa resuelta. Y va desatada mi dificultad o reparo. Y ya sin él, asistí con mucho más interés y atención a la fiesta y homenaje de Fédele, el día de San Pantaléipnon, 27 de julio de 1934.

Mi relativa adhesión a la novedad erudita, mi total adhesión al homenaje de Fédele, se confortaron algunos días después, al haber tenido ocasión de conocer lo no todavía publicado de nuevas investigaciones y rebuscos eruditos. Como ésta es una crónica y no un estudio histórico, daré la información por mí recogida, cual un periodista redacta una interviú.

Fué el día 30, del mismo mes de julio, 1934. El Ministro de España, Sr. García Conde, nos ofrecía, en víspera de su definitiva salida de Atenas (pasando a ser Consejero de la Embajada española en Londres), nos daba un espléndido lunch, con la modesta y allí tan consabida palabra de ofrecernos una mastíka.

Los obsequiados éramos los universitarios y sobre todo la Junta de la Sociedad hispano-helénica de Grecia, y personas simpatizantes. Entre éstas el Rector (el «Propritáneo») de la Universidad de Atenas, Sr. Seferiádes. También el Sr. Achilléus A. Kúrou.

El Sr. Kúrou, hombre joven, y robusto, persona que al momento delata su clara inteligencia, es, con un hermano, hermanados, y de herencia paterna, propietario del periódico que dando menos al partidismo político—que embriaga a los otros, tantísimos, y al público—, da más al sentido de la cultura y la serenidad de los espíritus. Llámase «Hestia», no en su traducción mitológica (en latín la diosa «Vesta»), sino en su traducción social «Hogar»; es decir patria.

Rico, creo que opulento el Sr. Kúrou, dedícase por su parte a estudios, y el de su mayor atractivo, el de su obsesión, el estudio del Greco.

Comencé a hablar, mejor dicho a oírle hablar y en grupo, mientras bebíamos o comíamos en pie, tras de una presentación protocolaria, sin casi oír el apellido y habiéndoseme dicho solamente lo del periódico. Y se habló de varios temas de actualidad, pero él se refirió, luego que pudo, a la fiesta nuestra de Fódele, y al pregonarnos la gratitud helena al entusiasmo hispánico por el Greco, citó con encomio máximo dos nombres por él injustamente parangonados, el de Cossío y el de Tormo.

El para mí inmerecidísimo señalamiento, claro que lo decía basado en haber sido el primero, hace tanto tiempo, más del que va de siglo, en decir y definir el bizantinismo del Greco (conferencia mía, publicada, del año 1900). Y como protesté del paralelo nada menos que con Cossío y su «Greco», fué entonces, ante el «Tormó, c'est moi», cuando el Sr. Kúrou cayó en la cuenta de que aquel Tormo tan lejano, tan pretérito, era la persona presente que se le había presentado protocolariamente momentos antes.

Y hablamos, y largamente, ante los demás, del Greco y de Damaskinós. De Damaskinós, más; porque yo tuve mayor interés en su para mí mayor incógnita y curiosidad. Y por una y otra investigación, de dos pintores cretenses, transformados en Venecia, máximamente el uno, pude darme clara cuenta del filón de inmensas noticias documentales inéditas que es en Venecia el hasta ahora intacto archivo de San-Giorgio-dei-Greci, iglesia y cofradía caritativa de griegos de la Venecia metrópoli de Creta durante el siglo XVI—y anteriores y el siglo posterior en muy buena parte—. Para

aquella iglesia trabajó Damaskinós, con toda certeza, la decoración pictórica mural.

De lo de Damaskinós, que nació en 1520, creo (21 años antes que el Greco), y murió en 1602 (?), algo diré en nota, de las finales.

Del Greco hablamos también. Desde luego sabiendo de palabra, entre especies que debo reservar para las publicaciones del Sr. Kúrou, que ya aparecieron más documentos de Fódele relativos a los Zeotókis ; pero ya los inéditos, no del siglo XVII, al Greco póstumos, como eran solamente los ya publicados ; sino referentes al siglo XV y al siglo XVI, el siglo del Greco ; curiosísimo el hecho de que un auténtico Greco pintado para el Cardenal Farnese, hoy de una Colección del Centro de Europa, ofrezca al fondo un paisaje muy suyo, en el que se representa con exactitud el monasterio del Sinaí, del verdadero Sinaí entre la Arabia y el Egipto, demostrando un viaje del pintor (1). También muy curioso el enlace de la Lapidación de San Esteban, pintado en el Entierro del Sr. de Orgaz (en la dalmática que viste el propio Santo enterrador), tomada de otra representación de Damaskinós, en sus pinturas murales de San Giorgio-de-Greci en Venecia (todavía habiéndose me citado otras aproximaciones, los angelitos al hombro en la Trinidad del Prado, alguna otra cosa en el San Mauricio...). Precisamente Damaskinós, a la vuelta de Venecia fué en Creta pintor y protegido del gran monasterio de Jándia, principal centro de cultura griega en aquel siglo, y que era filial del Sinaí asiático, y se llamaba de la misma manera, etc., etc. Todavía recordaré la opinión del Sr. Kúrou, de que es una de las más bellas colecciones de cuadros bizantinos, la hasta ahora ignorada de la dependencia benéfica de San Giorgio-del-Greci de Venecia ; muy rica y muy selecta. El Sr. Kúrou sin necesidad de apoyo de nadie, vi que está decidido a redondear, mediante cuantos viajes y dispendios sean precisos, el estudio que lleva robándole ya mucho tiempo, singularmente el de los tesoros de documentación y de pinacoteca de San-Giorgio-dei-Greci, que todos hemos visitado con poca atención. Yo pienso cuando pueda

(1) De este punto ya, entre nosotros, se hizo eco D. Angel Vegue: en la revista de los Amigos del Arte, creo.

volver a Venecia atenderla y gozarla cuanto me consienta el tiempo. Entre los documentos, allí, algo del Greco hay, inédito.

En definitiva, que lo de la patria de Fódele del Greco, no es un caso esporádico, un flato patriótico, de los de patria chica, un globo aerostático elevado al sólo calor de una coincidencia de apellido, sino materia, con no estar resuelta a la certeza ¡acaso no llegue a estarlo nunca!, tratada por persona docta, de gran solvencia científica, de verdadero investigador, escrupuloso, concienzudo. Y poseído de un entusiasmo y de una generosidad, tan propias de los opulentos griegos de nuestros tiempos, que anima un patriotismo del todo nacional, no el de campanario.

Por lo cual—aún callando cosas de entidad, oídas también en la Legación de España, en la mastíka elegantísima de aquel día, y de los mismos labios—, mi tranquilidad por los actos universitario-fodeleses, hispano-cretenses, desecha todos los escrúpulos. Y decidí, con más decisión, con mucha más decisión, redactar (aún no habiendo podido ver el libro de Kúrou), este rimero de cuartillas para la prensa, esta crónica del «Día de Fódele», con el puntual y escrupuloso relato razonado de la historia modesta del primer homenaje de España al Greco en la patria del Greco.

ELIAS TORMO